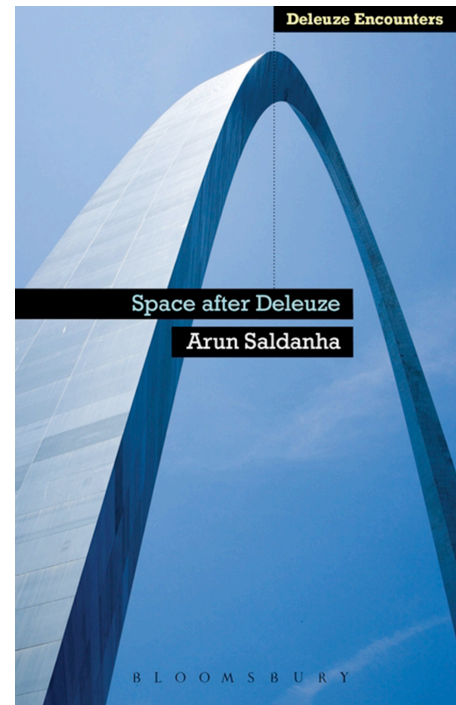


Deleuze y la geografía

RAFAEL MC NAMARA

(UNIVERSIDAD NACIONAL DEL COMAHUE-UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES)



Reseña de Saldanha, Arun, *Space after Deleuze*, Londres-Nueva York, Bloomsbury, 2017, 233 pp.

Recibida el 14 de agosto de 2019 -
Aceptada el 15 de setiembre de 2019.

Space after Deleuze forma parte de la colección *Deleuze encounters*, dirigida por Ian Buchanan, y cuyo proyecto es explorar cruces del pensamiento deleuziano con campos disciplinares diversos. En el caso que nos ocupa se trata de su encuentro con la geografía. El autor del libro, Arun Saldanha, es investigador y docente de dicha disciplina en la Universidad de Minnesota.

El objetivo explícito de este trabajo es ofrecer, por un lado, una introducción al pensamiento deleuziano a través del problema del espacio; y por otro, intervenir en los estudios deleuzianos para demostrar que el francés es “el filósofo más geográfico” (p. 5) de nuestro tiempo. No estamos entonces ante un trabajo dirigido exclusivamente a especialistas en Deleuze, sino que más bien busca abrir una serie de investigaciones posibles tanto en el ámbito de la filosofía como en el de la geografía.

El libro comienza presentando a Deleuze como un filósofo que busca desentrañar “el modo en que opera la realidad, su diagrama o lógica” (p. 2). A partir de esta idea, Saldanha encara el problema del espacio desde múltiples perspectivas, atravesadas por cuatro presupuestos que son explicitados en la introducción. El primero es una suerte de axioma que postula al *espacio* como el más importante de los conceptos. Esto implica que, más allá del trabajo específico que sobre él realiza la geografía, estamos ante una noción que atraviesa prácticamente todas las disciplinas, desde la ingeniería hasta la biología, pasando por la literatura, el cine y la matemática. Este primer presupuesto permite pensar múltiples entradas al concepto hasta darle incluso una dimensión cosmológica.

En el segundo presupuesto el autor hace explícita una motivación ética para su investigación. Dada la crisis ambiental en

curso, la espacialidad es presentada como aquello que la filosofía contemporánea se ve *forzada* a pensar. Desde este punto de vista, Deleuze es visto como uno de los filósofos más importantes para pensar el *Antropoceno*, descrito –quizá de manera hiperbólica– como “el concepto más crítico jamás inventado” (p. 3).

El tercer presupuesto postula que hay en Deleuze una filosofía del espacio que, a pesar de haber sido en cierto modo opacada por su original teoría del tiempo, se encuentra en la superficie de sus textos, especialmente en las obras firmadas junto a Guattari. Bastaría entonces prestar más atención a estos aspectos para sacar a la luz una serie de ideas y conceptos relevantes para pensar la espacialidad del mundo actual.

Por último, la teoría del espacio es presentada como *realista*, en oposición a la *idealidad* del espacio kantiano. Ahora bien, que el espacio sea tomado desde una epistemología realista no significa que se lo considere como un concepto absoluto y homogéneo al estilo de la física newtoniana. Las primeras definiciones que ofrece Saldanha lo presentan en cambio como aquello que “da a las cosas su capacidad de moverse y diferir”, es decir, como “diferencia, multiplicidad, cambio y movimiento” (p. 3), y no como un medio neutro que funcionaría como una suerte de marco o continente. El autor afirma que estas características de la espacialidad ya formaban parte de la teorización de la geógrafa marxista y feminista Doreen Massey –a la memoria de quien el libro está dedicado–, y una de las apuestas más interesantes del libro es mostrar que la filosofía deleuziana puede ser considerada por el pensamiento geográfico como aliada teórica a la hora de ampliar y profundizar las intuiciones de la llamada “geografía humana”.

Luego de la introducción el libro se divide en cuatro capítulos: Tierra, Flujos, Lugares y Mapas. En el primero de ellos se aborda la última teoría deleuziana acerca del pensamiento –la geofilosofía– a partir de una confrontación con Heidegger que gira en torno a la pregunta por el fundamento del pensar. La cuestión es al mismo tiempo ontológica y política. Si bien ambos filósofos superaron el fundamento hacia el sin-fondo, el alemán *reterritorializó* la Tierra en las nociones de suelo y raza. Para el francés, en cambio, la Tierra no es territorio sino ante todo *desterritorialización*. Por eso no puede ser totalizada ni agotada por ningún suelo particular. A partir de allí, y contra toda deriva conservadora, Saldanha propone que “un proyecto posdeleuziano es describir geografías dentro de las cuales nuevos conceptos puedan prender precariamente” (p. 14).

Una vez despejada la relación entre el pensamiento y la Tierra, el autor pone en primer plano la inspiración geológica de lo que Deleuze y Guattari llaman “estratoanálisis”, un método que se demuestra esencial para el análisis tanto económico como ecológico y geopolítico del capitalismo tardío, en la medida en que permite mapear los desplazamientos de mercancías, individuos, comunidades a lo largo del globo, así como su relación con la temporalidad lenta y abigarrada de la Tierra (p. 25).

La prioridad de lo político en esta filosofía del espacio pasa al primer plano hacia el final de esta primera parte con la propuesta de un “geocomunismo” deleuziano que podría renovar las discusiones de la geografía marxista, aún capturadas en viejas dicotomías como Capital-Naturaleza, Mente-Cuerpo y Reforma-Revolución. Este geocomunismo reivindica una inspiración marxista en la medida en que su análisis y crítica del capitalismo se realiza a escala

planetaria en el marco de una historia universal. Es en este sentido que el autor habla incluso de un cierto legado iluminista al que Deleuze y Guattari nunca renunciaron, contra todo cinismo posmoderno y toda ideología reaccionaria y particularista (p. 39). A partir de esta idea, el capítulo termina con la que quizá sea su sugerencia más interesante: el potente materialismo de la geofilosofía deleuziana puede funcionar como complemento del (quizás excesivo) formalismo badiouiano. Según el autor, es posible argumentar que el platonismo de Badiou, en su afán de formalización matemática, ganaría mucho si tomara en cuenta la materialidad intensiva de la ontología deleuziana. Lejos de la conocida controversia entre ambos filósofos, Saldanha intenta tender un puente entre ambos sistemas a partir de sus capas más profundas: aquellas que, a partir del enlace entre ontología y política, apelan a la constitución de nuevos pueblos y nuevas tierras.

El concepto de flujo, con la compleja articulación cambiante de movimientos de *territorialización*, *desterritorialización* y *reterritorialización*, domina el segundo capítulo y constituye una de las claves para comprender la relevancia del deleuzianismo para el análisis del mundo contemporáneo. Ello no solo por su capacidad de análisis del capital sino también por lo que ofrece como complemento de una de las teorías marxistas del espacio más conocidas: la de David Harvey. El geógrafo inglés entiende que un cierto trabajo sobre el espacio-tiempo es esencial a la expansión del capital. Según esta perspectiva, el pensamiento crítico debe lograr una nueva comprensión del tiempo que habilite una conquista no capitalista de las distancias. Saldanha afirma que el concepto de *desterritorialización* permite profundizar y enriquecer esta teoría (p. 76) al otorgarle un espesor ontológico

que reenvía a la física spinoziana y a la dromología de Paul Virilio. Estos dos autores, tan diferentes y alejados en el tiempo, son puestos en relación a partir de la teoría deleuziana de la velocidad, concepto que pone en primer plano el carácter *intensivo* de los procesos de desterritorialización que se trata de mapear (p. 83).

Así como un estudio exhaustivo de la filosofía deleuziana puede ayudar a la geografía, el conocimiento de algunos debates en el seno de esta disciplina permitiría conjurar ciertos desvíos interpretativos a la hora de comprender a Deleuze. Desde este punto de vista, el concepto de *escala* y las discusiones que ha generado en el ámbito de la geografía humana reciente permite a Saldanha discutir uno de los aspectos centrales de la lectura de Manuel De Landa: la propuesta de una *ontología plana*. Según nuestro autor (pp. 96-100) la ontología plana, inspirada en la teoría de los sistemas complejos y adoptada por más de un geógrafo, yerra al extender las características del plano de consistencia deleuziano a todos los planos del ser. En efecto, si bien el campo trascendental está poblado de diferencias que desconocen las jerarquías, el plano de los estratos y agenciamientos que resulta del juego de intensidades y singularidades preindividuales no dejan de producirlas. El concepto geográfico de *escala* solo es negado por Deleuze, según Saldanha, en el plano trascendental, no en el empírico. Y de hecho resulta fundamental a la hora de evaluar las distintas formaciones de poder. Al negar esta herramienta conceptual la ontología plana se quita a sí misma la posibilidad de establecer diferencias relevantes entre, por ejemplo, una agrupación vecinal y una empresa multinacional, ya que considera que, estructuralmente, todo agenciamiento funcionaría del mismo modo, como si la escala de las

individuaciones no tuviera ninguna relevancia a la hora de mostrar su funcionamiento. Esta teoría funciona, entonces, como una especie de fractalización del campo social que cae presa de las ilusiones tecnocráticas del peor utopismo cibernético. Como interpretación del deleuzianismo, por otra parte, la objeción es de fondo: la ontología plana confunde lo actual con lo virtual y aplica un esquema analógico entre los distintos planos que es totalmente extraño al pensamiento del francés.

Para esta discusión el autor se apoya en la diferencia (de cosecha guattariana) entre los planos molar y molecular. Al enfatizar tanto la diferencia como la coexistencia entre ambos planos, Saldanha insiste en la asimetría constitutiva de la ontología deleuziana. En efecto, si bien se trata de dos aspectos inseparables, lo molar siempre resulta de un plano molecular que lo excede. Sin embargo, Saldanha advierte que esta tesis no debe llevar a una confusión habitual en la consideración política del deleuzianismo: aquella que cae presa de la fascinación por las líneas de fuga y olvida que todo proceso de desterritorialización supone también estratificaciones y (re) territorializaciones. En su formulación más claramente política, esto significa que las luchas moleculares siempre deben considerar las estructuras molares en su evaluación de la coyuntura –y esto incluye pensar el Estado–. Oportunamente, Saldanha remite al lector a los escritos “brasileros” de Guattari junto a Suelly Rolnik, en los que trataba de pensar la necesaria articulación de las nuevas luchas con el sindicalismo, los partidos políticos y la contienda electoral, especialmente a partir del ascenso de Luiz Inácio “Lula” da Silva en los años ‘80.

La tercera parte del libro se concentra sobre otro concepto fundamental, no solo para la geografía sino también para la

arquitectura y el urbanismo. Se trata de la noción de *lugar*, que el autor hará jugar en tensión con la de *espacio*. Un eje fundamental de este capítulo es la concepción del concepto de *acontecimiento*, Saldanha propone pensar como la “más lograda ontología acerca de cómo el espacio deviene lugar” (p. 106). Otro concepto importante para pensar la noción de lugar en este capítulo es “agenciamiento”. Saldanha aciata al enfatizar que con este concepto Deleuze y Guattari proponen un modo radicalmente no antropomórfico de pensar el *lugar*. Al ser un compuesto de elementos heterogéneos, todo agenciamiento humano se inscribe necesariamente en la intersección de múltiples elementos no humanos entre los que solo constituye una parte más (p. 126). Los conceptos de *segmentaridad*, *ritornelo* y *línea de fuga* se revelan como valiosas herramientas conceptuales para el análisis de agenciamientos institucionales, estéticos, e intersubjetivos en sentido amplio, y el autor de este libro no pierde la oportunidad para insistir, una vez más, en la relevancia que pueden tener para los estudios contemporáneos en geografía humana.

Para pensar la relación entre acontecimiento, espacio y lugar, el tercer capítulo recurre también al concepto de *haecceidad*. Esta noción permite a Saldanha tender un nuevo puente entre las investigaciones de Doreen Massey y el pensamiento deleuziano. Se trata de pensar el *lugar* como una producción nunca acabada producida a partir de un exterior turbulento. Se trata de “un conjunto de conexiones que hacen del lugar, literalmente, un envoltorio de espacio-tiempo absolutamente único” (p. 167). Así, por ejemplo, una ciudad no es más que una continua y gradual acumulación de magma, semillas, poblaciones, comida, cemento y mercancías que se entrecruzan de un modo singular en esta locación en particu-

lar. El *lugar* es, entonces, una *colección de acontecimientos* siempre inestable.

La idea de una *singularidad* del lugar tiene consecuencias para nada desestimables a la hora de pensar una geografía crítica, y en esa dirección se dirige el concepto, acuñado por Massey, de una “geometría del poder”. La geógrafa opone esta noción a la concepción, según ella ideológica, que piensa la globalización como una “aldea global” homogénea. La naturaleza acontecimental del lugar ofrece un marco para pensar la profunda desigualdad que afecta al espacio globalizado. En este punto Saldanha desliza una crítica al pensamiento deleuziano. Según su lectura, a pesar de ser un concepto interesante, la *haecceidad* no puede comprenderse rigurosamente en términos del *lugar* tal como lo conciben los geógrafos. Este diferendo se resuelve en favor de la geografía, ya que a diferencia de la teorización deleuziana, aquella lograría pensar las formaciones micropolíticas ancladas en la particularidad de lugares concretos. Saldanha llega a decir que “cuando los habitantes de un barrio bajo logran reorganizar su distribución de comida, educación, infraestructura, y las relaciones de género y raza a través de una revolución molecular, en la medida en que luchan en nombre de un lugar, un derecho, o un pasado, en sentido estricto no son deleuzianos” (p. 169). Esto se debe –siempre siguiendo al autor que nos ocupa– al privilegio de la *desterritorialización* en perjuicio de la *localización*. Esta prioridad amenazaría, en ocasiones, con transformar al deleuzianismo en un extraño universalismo abstracto.

Creemos que esta crítica tiene su origen en un equívoco: la interpretación del concepto de *espacio cualquiera*. El autor acierta al rastrear el origen de ese “cualquiera” en el “objeto = x” de *Diferencia y repetición*, como así también en el *eventum tantum* de *Lógica*

del sentido, pero se equivoca al ligar esa noción deleuziana con el concepto kantiano de objeto = x (p. 159), dotándola de un universalismo que no tiene. En este punto, parece haber una confusión entre particularidad y singularidad, dos conceptos que Deleuze siempre distinguió cuidadosamente. Lo impersonal del objeto = x y del *eventum tantum* no es universal ni particular, sino *singular* –noción que Deleuze toma de la matemática–. Esta misma confusión lleva al autor a malinterpretar el concepto de “una vida” que Deleuze propone en su último ensayo publicado antes de suicidarse (“La inmanencia: una vida...”). El artículo indefinido “una” no refiere a una vida cualquiera en el sentido de un universal, sino a la absoluta singularidad –trascendental– de una vida que sin embargo es impersonal –de ahí que su intensidad pueda afectar a los otros. Si los individuos presentes en la agonía de Riderhood, el personaje de Dickens invocado por Deleuze, pueden sentir empatía por él, no es por un proceso de “identificación” con la vida como universal, como sugiere Saldanha, sino por conexión paradójica con una pura intensidad vital que se expresa en la singularidad de ese cuerpo moribundo, más allá de las determinaciones de la persona que la porta. En la misma línea, el *espacio cualquiera* que el filósofo crea en los estudios sobre cine de ningún modo puede ser pensado como un espacio “universal y vacío” que habrá de ser “llenado con cualidades y cantidades” (pp. 159-160) en el proceso de actualización. Si así fuera, no habría ninguna diferencia entre el *espacio cualquiera* deleuziano y el espacio absoluto newtoniano. Es cierto que el autor diferencia el “universal” deleuziano diciendo que es “generativo” (p. 164), pero no queda del todo claro en qué consiste ese matiz. Resulta extraño que la correcta lectura que hace Saldanha del espacio deleuziano como “acontecimental” no lo haya

prevenido a la hora de interpretar de este modo el “cualquiera”, y quizás el problema sea justamente ese: por momentos, el libro pasa de un concepto a otro como si se tratara de una enumeración de temas, cuando en realidad los elementos ya estaban dispuestos para establecer una *relación* más rigurosa dentro de la propia enumeración realizada por Saldanha. No obstante, esta tercera parte realiza un aporte fundamental al subrayar el nudo que forman las nociones de *acontecimiento* y *lugar* –sin reducirlos a lo mismo, como bien advierte el autor– donde se puede encontrar el punto de partida para un nuevo pensamiento político acerca del espacio.

Llegamos así al último capítulo del libro, “Mapas”, donde por fin se encara la pregunta de fondo: ¿qué ontología supone esta geografía deleuziana? (p. 171). Inmediatamente se apunta en la dirección más prometedora para pensar una ontología espacial: los conceptos deleuzianos de lo *virtual* e *intensidad*. Entre esos dos conceptos se produce una ontología que permite pensar una geografía deleuziana cuyo objetivo sería mapear el espacio a partir de sus intensidades y tendencias virtuales más que de sus rígidas fronteras extensivas. Sin embargo, en todo el desarrollo que sigue este capítulo es de lamentar que, en lugar de tratar de determinar la diferencia entre ambas nociones para así comprender mejor su funcionamiento conjunto, el autor tiende más bien a confundir la intensidad con lo virtual. Este es, ciertamente, uno de los puntos más difíciles para cualquier interpretación del deleuzianismo y uno en el que los especialistas no han encontrado acuerdo. El propio Deleuze resulta por momentos confuso en este respecto. En cualquier caso, el libro no parece ser consciente del problema. Así, por ejemplo, se habla de “disparidad o diferencias virtuales” (p.

176) como si fueran sinónimos, cuando el concepto de *disparidad* aparece en Deleuze para caracterizar la intensidad –especialmente en el capítulo quinto de *Diferencia y repetición*–. Este gesto se repite a lo largo de todo el capítulo, donde Saldanha pasa sin solución de continuidad de la teoría bergsoniana de las diferencias cualitativas –que Deleuze aborda críticamente en su teoría de la intensidad– al desarrollo del cálculo diferencial como herramienta fundamental para pensar la diferencia –central en la teoría deleuziana de la Idea, es decir, de lo Virtual–, y confunde los conceptos de *Idea* y *diagrama* con el de *dinamismo espacio-temporal* (pp. 185-186). Esta conjunción acrítica de conceptos intensivos y virtuales no sería tan grave en un libro que se pretende introductorio si no se extendiera a una confusión mayor entre lo virtual y las leyes de la física. El capítulo quinto de *Diferencia y repetición* es enfático en la distinción entre las leyes de la naturaleza como principios empíricos, por un lado, y las lógicas de lo intensivo y lo virtual como principios trascendentales por el otro. Por lo tanto, cuando Saldanha habla de ese “substrato más profundo y robusto de multiplicidades virtuales que llamamos leyes de la termodinámica y física cuántica” (p. 186) comete el pecado capital para cualquier ontología poskantiana: confundir lo empírico con lo trascendental.

A pesar de estos traspiés a la hora de mapear con rigor el campo trascendental deleuziano, el libro acierta una vez más cuando, hacia el final, concentra todos sus esfuerzos en comprender la noción de *pliegue* como “el concepto más importante para una concepción totalmente materialista y crítica del espacio” (p. 196). Esta noción aporta la idea de un espacio dinámico, materialista aunque informado por una idealidad que funciona como potencia pro-

ductiva. El pliegue permite pensar también la espacialidad a partir de dos dimensiones centrales de la ontología deleuziana: la expresión y la temporalidad (p. 198). En este último punto, la aproximación ontológica de este capítulo, débil en los apartados anteriores, cobra fuerza con una tesis interesante: si, como muestra *Diferencia y repetición*, el tiempo solo puede ser pensando como constituido a partir de síntesis pasivas, es posible pensar que estas suponen un *afuera* más profundo. Pues bien, ese *afuera* es llamado por Deleuze –siguiendo al Foucault que comenta a Blanchot– “vértigo del espaciamento”. A partir de aquí Saldanha deduce una prioridad del espacio sobre el tiempo en la ontología deleuziana, aclarando que no se trata del espacio en sentido habitual, extensivo, sino de las dimensiones intensiva y virtual del campo trascendental (p. 208). Parece entonces que el propio Deleuze, al priorizar el tiempo sobre el espacio en algunos de sus escritos, no supo ver con claridad hasta qué punto el espacio resulta fundamental en su pensamiento (p. 210).

A partir de allí, Saldanha habla de la necesidad de pensar unas síntesis trascendentales espaciales. El autor parece olvidar que el propio Deleuze lo hace en el capítulo quinto de *Diferencia y repetición*. A favor de Saldanha se puede decir que el francés solo menciona al pasar estas síntesis sin desarrollarlas. El libro concluye entonces con un llamado a realizar lo que, sin lugar a dudas, es la tarea fundamental para pensar una ontología del espacio: una articulación rigurosa de síntesis espaciales trascendentales en el pensamiento deleuziano. Curiosamente, justo en el momento en que Saldanha realizaba esta invitación al pensamiento desde el mundo anglosajón esa investigación se estaba llevando a cabo en el cono sur. En efecto, no podemos

concluir esta reseña sin mencionar que la tarea de pensar las síntesis espaciales ha sido desarrollada por quien escribe estas líneas en la tesis doctoral *Deleuze y la ontología del espacio* (FFyL-UBA, 2019). El libro *Space after Deleuze* sin duda constituye un interlocutor relevante en la continuación de ese recorrido así como en cualquier investigación que busque pensar el problema del espacio en Deleuze.

Palabras intermitentes: palabras en disputa

JORGE PRENDAS-SOLANO

(INSTITUTO TECNOLÓGICO DE COSTA RICA/UNIVERSIDAD DE COSTA RICA – COSTA RICA)



Reseña de Fragomeno, Roberto, *Las palabras intermitentes*, San José, Editorial Arlekin, 2018, 85 pp.

Recibido el 18 de junio de 2019 –
Aceptado el 1 de agosto de 2019

El texto de Roberto Fragomeno se inicia con una introducción que aborda una serie de temas diversos, entre los cuales el así llamado problema de la “internacionalización” (p. 13) parece ocupar un lugar privilegiado en el conjunto de las reflexiones. Se trata de una denuncia sobre la sumisión de América Latina a los criterios establecidos desde el primer mundo; concretamente, a los países económicamente desarrollados asociados a la OCDE, que han construido un relato sobre lo que significa la Universidad en el siglo XXI. Desde este relato de poder, se estandariza todo lo que significa la producción universitaria: artículos, investigaciones, rankings de universidades, etc. Se trataría en el fondo de la imposición/ universalización de un determinado modelo de universidad y academia: el modelo anglosajón, que se acepta de manera acrítica como el único posible. En este sentido, lo que no se ajuste a ese modelo, carecería de sentido o de relevancia. Lo más grave de este esquema es que se impone sin tomar en cuenta en absoluto las necesidades y particularidades de nuestra región, con lo cual no queda más que el forzoso ajuste a lo que otros han pensado para otras partes del mundo. No habría que dejar de señalar, además, que este modelo exógeno tiene una buena cantidad de seguidores en el ámbito local de nuestras universidades, es decir, de académicos que han sido “colonizados” para aceptar dócilmente lo ajeno.

En estrecha concordancia con lo anterior, en la introducción de la obra ocupa un lugar importante la reflexión sobre la filosofía y el ejercicio filosófico en el siglo XXI. La filosofía como quehacer se vuelve impotente por voluntad propia o por efecto de las presiones externas, en el sentido de renunciar a su vocación por encauzar la formación educativa y política de los estudiantes. La filosofía, en el diagnóstico de Fragomeno,